

Los asentamientos humanos en el desarrollo de América Latina

ORIGENES PRECOLOMBINOS Y COLONIALES

Los asentamientos humanos contemporáneos de América Latina, entendidos como formas concretas de apropiación y utilización social del espacio, son una expresión de las fases y modalidades asumidas históricamente por el desarrollo económico y social de la región.

La “inercia del pasado” gravita fuertemente en las formas sociales posteriores de utilización del espacio en un momento histórico dado. Las transformaciones que han experimentado los asentamientos humanos toman necesariamente como punto de partida las estructuras físicas y formas sociales inherentes a las condiciones *previas* a la transformación mencionada, en cada ámbito espacial concreto.

El concepto mismo de asentamiento humano aspira a superar la drástica dicotomía entre formas rurales y urbanas, para abarcar desde pequeñas unidades residenciales o productivas relativamente aisladas hasta las más grandes regiones metropolitanas. Este contenido conceptual sugiere así la conveniencia de considerar de manera integrada las interdependencias entre los asentamientos urbanos y los rurales, pero no niega la utilidad de esta distinción dicotómica para ciertos fines analíticos.

Aquí se postula que aquella inercia histórica previamente aludida suele remontarse a un remoto pasado tanto en las zonas rurales como en las urbanas, y que esa indagación retrospectiva se ve facilitada al mantenerse en principio aquella dicotomía básica.

Para elaborar esta apreciación global aunque esquemática de los asentamientos humanos en América Latina, ha sido necesario remontarse al momento mismo de la conquista y colonización e incluso a los asentamientos preexistentes gestados por las sociedades precolombinas. Al respecto, habría que distinguir tres situaciones diferenciables por las características naturales, demográficas y sociales que imperaban al momento de la conquista.

En primer lugar, conviene recordar que el área andina de Sudamérica, las tierras altas de Centroamérica, y la meseta central de México, eran territorios con abundantes recursos minerales, con poblaciones precolombinas de gran tamaño y densidad demográfica, que habían estructurado sociedades civilizadas con grados relativamente altos de complejidad y diferenciación internas.

En segundo lugar, las áreas tropicales correspondientes a las tierras bajas, tanto interiores como costeras de Sudamérica, Centroamérica y el Caribe, presentaban ventajas comparativas para otro tipo de explotación —a la luz del desarrollo tecnológico y las necesidades económicas de la época—, albergando sociedades indoamericanas de menor importancia demográfica y desarrollo societal que las señaladas en el punto anterior.

Las llanuras y valles subtropicales y templados del sur —integrados por el sudeste de Brasil, la pampa rioplatense, los territorios patagónicos y los valles del centro y sur de Chile— no sólo presentaban condiciones ecológicas diferentes, sino que albergaban sociedades de muy bajo desarrollo (cazadores y recolectores nómades en la zona pampeana y patagónica) o comunidades agrícolas incipientes en los valles interiores de Chile.

La conquista y colonización del imperio español se concentró en las tierras altas, desarticulando y reorganizando aquellas civilizaciones indoamericanas, con el objeto de explotar los metales preciosos, de gran interés para la expansión de los mercados en la fase mercantilista del desarrollo europeo. Muchas ciudades precolombinas fueron conquistadas y fundadas nuevamente como importantes centros del poder colonial. Surgió así México sobre Tenochitlán, Mérida sobre Ichcaazihó, Guatemala sobre Ixiniché y Bogotá sobre Tensaquijo; Quito y Cuzco conservaron sus nombres precolombinos.

La actividad minera promovió el surgimiento de múltiples ciudades, tales como Sacatecas, Guadalajara, Durango y Guanajuato, y al sur, Pasco, Huancavelica, Oruro y sobre todo Potosí. Los pueblos indígenas establecieron asentamientos que constituían reservorios de

fuerza de trabajo sustentados en instituciones del tipo de la encomienda, la mita y los repartimientos. La segregación residencial se manifestaba tanto en las zonas “urbanas” como en las “rurales”, en la medida relativa en que pueda utilizarse esta dicotomía en una fase tan temprana.

En las tierras costeras de las áreas tropicales de Sudamérica volcadas sobre el Atlántico y el Pacífico, surgieron ciudades vinculadas a la economía de las plantaciones y al tráfico entre las colonias y las metrópolis española y portuguesa. Lima (con su puerto de El Callao), Veracruz, Cartagena, Portobello, Guayaquil, son ejemplos de estos núcleos urbanos costeros. En el imperio portugués —más descentralizado desde un punto de vista económico y político— afloraron los puertos de Salvador y Recife. En estas zonas predominó la economía de las plantaciones fundada sobre bases esclavistas, merced a la intervención masiva de población africana.

Avanzando hacia el sur, la gran ciudad minera de Potosí permite ilustrar lo que fue un importante centro en torno al cual se articulaban otras ciudades surgidas en zonas agrícolas, pecuarias y forestales, que la abastecían. Algunas de éstas fueron Salta, Catamarca, Tucumán, La Rioja, etc., en Argentina. También desde el valle central de Chile —donde se enclavaba Santiago— se enviaban abastecimientos hacia el gran mercado urbano de Potosí, de más de 100.000 habitantes a comienzos del siglo XVII. Hacia el sudeste del cono continental se alzaron Río de Janeiro y más al sur Montevideo y Buenos Aires, en territorios de una importancia demográfica y económica menor, pero de gran significación geopolítica para la estabilidad de los imperios español y portugués.

Esta reseña esquemática e incompleta de las implantaciones urbanas en la fase colonial permite observar que buena parte de las ciudades importantes de la América Latina de hoy presentan una localización que data de aquella fase, e incluso de la precolombina, la cual avala la proposición inicial respecto de la inercia histórica que preside los asentamientos humanos en América Latina.

Asimismo la inercia histórica se ha manifestado en las zonas rurales pero con una importante diferencia. Desde un punto de vista físico han perdurado algunas de las estructuras y, sobre todo, la ubicación *geográfica* original de las ciudades precolombinas y coloniales, pero desde el ángulo económico y social, éstas han constituido importantes agentes de cambio y modernización en la época contemporánea. A la inversa, los asentamientos rurales en ciertos casos han presentado una continui-

dad temporal menos clara en cuanto a ubicación espacial, y las unidades —tanto productivas como residenciales— que los caracterizan han experimentado múltiples transformaciones en su estructuración física. Sin embargo, la estructuración social y económica de los asentamientos rurales acusó profundamente la herencia colonial, especialmente en la primera y segunda de las situaciones sociales y ecológicas que se han señalado.

Durante el largo período colonial, las instituciones que, como las mercedes de tierra y la encomienda, regularon la asignación de tierras y fuerza de trabajo en la América española, se fueron transformando de manera aún poco conocida en las haciendas que a fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX predominaban ampliamente como células ordenadoras de la vida económica, social y política de las zonas rurales de América Latina.

La expresión “hacienda” se utiliza aquí en su sentido más alto y genérico para englobar subcategorías tan diferentes como la hacienda señorial de la Sierra Andina, las plantaciones esclavistas tropicales del nordeste brasileño, El Caribe y Las Antillas, la estancia colonial rioplatense, etc.

La variedad de situaciones ecológicas, económicas y sociales desafía cualquier tipo de generalización razonable respecto de los asentamientos que, bajo la forma de unidades productivas o residenciales, caracterizaban las zonas rurales. Puesto que no se trata de plantear una historia de los asentamientos, sino de buscar raíces históricas capaces de fundamentar las situaciones actuales, baste recordar, además de la hacienda en la América española —especialmente en el área andina y la meseta mexicana—, las propiedades rurales eclesiásticas, en torno a las cuales solían asentarse villorrios o núcleos poblados menores y como también los diferentes tipos de comunidades indígenas residencialmente segregadas y que vivían de una agricultura de subsistencia fundada en el maíz y otros productos autóctonos. Dicho aislamiento facilitaba la discriminación social, al tiempo que entrelazaba las relaciones económicas entre las clases sociales, con las posiciones ocupadas por éstas en las esferas étnica y cultural.

En otros casos, algunas órdenes religiosas alcanzaron una preeminencia económica y social de vastos alcances en extensos territorios. Ejemplo de este fenómeno son las reducciones de los jesuitas en las tierras guaraníes correspondientes al actual Paraguay y nordeste de Argentina.

En el imperio portugués, las concesiones de tierras —“sesma-

rias”—eran generosas en fomentar la iniciativa personal y aprovechar las riquezas privadas en el poblamiento de tan vasto territorio. Así, por ejemplo, la economía azucarera nordestina —que dio origen, entre otras, a la ciudad de El Salvador— surgió merced al sojuzgamiento de la población africana e indoamericana, dando lugar a la creación de grandes ingenios en que laboraban centenares de esclavos. Esta economía de plantaciones también se verificó en la América española, especialmente en el Caribe y Las Antillas. En las regiones tropicales el territorio amazónico era la principal “zona incógnita” levemente hollada por el avance colonialista europeo. En el extremo sur, abundaban vastos territorios escasamente poblados por aborígenes de bajo desarrollo cultural, como las tribus nómades de la pampa rioplatense o la patagonia. En el sur de Chile, los araucanos dificultaban la conquista territorial. Sólo a partir del siglo XIX se produjo el poblamiento significativo y estable de estas zonas, merced a los nuevos estímulos sociales y económicos experimentados por la región.

Valga señalar, por último, que la comunicación física de los territorios era lenta y fatigosa, siendo la navegación fluvial y marítima un importante medio de transporte cuando las condiciones geográficas lo permitían. El transporte terrestre —a lomo de mulas y caballos, en carretas de bueyes y otros vehículos de tracción animal— era una ardua empresa que requería la participación de un porcentaje significativo de la población activa.

Independencia política y expansión de las economías exportadoras

A comienzos del siglo XIX existían ciudades sólidamente arraigadas, que establecieron ejes de integración física recíproca en las zonas de más antiguo poblamiento colonial. Entre las principales líneas de comunicación interurbana podrían citarse Veracruz-México-Acapulco; Bogotá-Cartagena; Panamá-Portobello; Quito-Guayaquil; y Cuzco-Lima-Callao. A estos ejes de integración física cabría añadir —en la ruta del noroeste argentino hacia Potosí y al Alto Perú— los núcleos de Córdoba, Tucumán, Catamarca, Salta y Jujuy. Más al sur, el eje Mendoza-Santiago, principal línea de comunicación trasandina.

Los asentamientos humanos de mayor arraigo y capacidad estructuradora del espacio en las zonas rurales eran: la hacienda colonial en sus múltiples tipos y modalidades; los minifundios, como formas productivas muy vinculadas a la supervivencia de los campesinos, y las

comunidades indígenas, relativamente autosuficientes en lo económico pero socialmente subordinadas al orden señorial de la hacienda o a las instituciones de la Iglesia.

Dado que los asentamientos eran formas sociales de apropiación y utilización del espacio, ellos constituyeron la vía a través de la cual se difundió el proceso de poblamiento, entendido como el conjunto de localizaciones humanas concretas en el proceso general de la vida social. A comienzos del siglo XIX el actual territorio de México contaba aproximadamente con unos seis millones de habitantes, configurando casi la mitad de la población de la América española. Otras concentraciones importantes se verificaban en el área andina de Sudamérica, demostrando la preexistencia del patrón de poblamiento precolombino, a pesar de la “catástrofe demográfica” del siglo XVII. Se calcula que en el imperio portugués la población total alcanzaba a unos tres millones de personas a fines del siglo XVIII. La población de origen africano tendió a concentrarse allí en las áreas tropicales y costeras de Sudamérica, Centroamérica y el Caribe.

Quedaban sin embargo vastos territorios sin poblar. En otros casos, había territorios moderadamente poblados por comunidades indioamericanas que se resistían a la penetración de la dominación europea. El territorio amazónico, la pampa rioplatense, la patagonia argentina, el chaco paraguayo y el sur de Chile eran, entre otras, regiones con formas sociales de utilización del espacio incipientes o nulas.

Los asentamientos humanos y las concomitantes modalidades de poblamiento en estos territorios a lo largo del siglo XIX respondieron, en medida importante, a las nuevas formas de inserción de América Latina en el orden internacional liderado por Inglaterra a partir de la Revolución Industrial.

En cierto sentido, la independencia de las colonias latinoamericanas puede analizarse como un episodio de la expansión hegemónica del imperio inglés a nivel mundial. En el caso particular de América Latina, la independencia política implicaba la desvinculación con los imperios colonialistas español y portugués y la inserción periférica en el nuevo orden mundial. Este proceso adquirió sus caracteres más nítidos en el Río de la Plata.

El despoblado litoral pampeano abarcaba vastos territorios altamente “refractarios” a asentamientos estables. La escasez de materiales pétreos en la pampa dificultaba la difusión caminera y convertía esos territorios en barrizales intransitables durante las épocas de lluvia.

Además, las incursiones bélicas de los indios nómades quitaban seguridad a los asentamientos que osaban penetrar en tan vastos territorios.

Las así denominadas “campañas del desierto”, desarrolladas durante la primera mitad del siglo XIX, fueron expediciones militares que redujeron definitivamente la escasa pero belicosa población indígena de la pampa argentina.

De ese modo, las campañas militares permitieron la conquista y apropiación definitiva de las praderas pampeanas, especialmente, bajo la forma de grandes propiedades. En la segunda mitad del siglo XIX se fue acelerando el proceso de poblamiento, merced a la introducción de los ferrocarriles (que finalmente lograron imponerse en el desolado espacio pampeano) y a la intervención de un gran número de inmigrantes europeos que integraban asentamientos precarios e itinerantes en la provincia de Buenos Aires. En efecto, el régimen de arrendamientos les concedió el derecho a explotar la tierra por un período no superior a los tres años, viéndose obligados contractualmente a sembrar praderas perennes para la alimentación de ganado vacuno. De esta forma, la campaña ganadera de la pampa conquistó territorios y estableció actividades pecuarias de carácter más permanente. En Santa Fe y el sur de Córdoba se impuso la explotación de cereales y se dio una distribución más equitativa de la tierra.

De esta experiencia se derivaron dos tipos de consecuencias en materia de expansión urbana. De un lado surgieron pequeños poblados en torno a las estaciones del ferrocarril que, desde el puerto de Buenos Aires, se fueron desplegando como un abanico sobre la pampa conquistada. Eran núcleos menores, destinados a la recepción, acopio y envío de la riqueza agropecuaria —cereales y carne— a los puertos de exportación. De otro lado, se verificó la gran expansión urbana en la ciudad de Buenos Aires que también alcanzó a Rosario (puerto exportador de cereales a través del Río Paraná). Fruto de esta expansión se fundó la ciudad de La Plata y se acrecentó la importancia de Santa Fe, ciudad de antigua fundación. Se incrementó en esta zona la primacía del sistema urbano en favor de Buenos Aires que a comienzos del siglo XX era la única ciudad latinoamericana que superaba el millón de habitantes.

Expandiendo su economía cafetalera hacia el área de Sao Paulo, también Brasil participó significativamente del “aluvión” migratorio europeo. Los nuevos pobladores se contrataron en grandes haciendas cafetaleras, bajo condiciones de libertad jurídica, salarios monetizados y, en algunos casos, participación en las utilidades. Al no tener acceso a

la propiedad de la tierra, su movilidad geográfica potencial fue alta, y su concentración urbana favoreció el crecimiento de Sao Paulo. Buena parte de los excedentes agropecuarios para la expansión urbana de Sao Paulo provinieron de Río Grande do Sul, región agropecuaria que ya en la fase colonial había abastecido de charqui a la población esclava del imperio portugués. De esta manera, todo el sudeste de Brasil se vio dinamizado merced a este proceso.

También las actividades exportadoras y el fin de la guerra de la araucanía durante el siglo XIX, explican el poblamiento de buena parte del territorio chileno. La expansión de los cereales en el valle central de Chile hizo que se desarrollara el puerto exportador de Valparaíso, y se robusteciese la posición de Santiago en el concierto urbano general. La reducción definitiva de los araucanos en el sur afianzó las ciudades de Concepción y Valdivia. Con la llegada de los colonos alemanes, a fines del siglo pasado, surgieron Puerto Montt y Puerto Varas, ciudades que, entre otras, contribuyeron a articular la expansión económica de estas ricas tierras agrícolas.

Por el norte, el fin de la Guerra del Pacífico permitió la incorporación a Chile de los territorios salitreros de Tarapacá y Antofagasta, dando lugar a una emigración hacia los yacimientos, que posibilitó la expansión de actividades comerciales y de servicios surgidas en Iquique y Antofagasta como núcleos urbanos principales.

Más allá de la expansión ganadera de la pampa, la ocupación de los vastos territorios patagónicos en el lado argentino fue un proceso más lento, dada la escasa población y la gran vastedad de los espacios. El ganado lanar pasó a ser durante mucho tiempo la principal riqueza de la zona.

Surgieron así “sociedades nuevas” menos comprometidas con las formas productivas, relaciones e instituciones sociales heredadas de la fase colonial. Especialmente en las zonas rurales, los regímenes laborales, sin alcanzar necesariamente un carácter capitalista, se distinguieron de los imperantes en las haciendas señoriales, fundadas en regímenes heredados de formas esclavistas y serviles.

Contrastando con el dinamismo de estas zonas de tardío poblamiento, el siglo XIX presenció escasos impulsos transformadores en las zonas rurales de la sierra andina. Las actividades exportadoras experimentaron una transición desde los metales preciosos hacia la minería industrial, dando lugar a enclaves productivos de escasa capacidad transformadora de los asentamientos y formas productivas preexistentes en la zona. Los campesinos indoamericanos permanecieron funda-

mentalmente subordinados a regímenes señoriales de reclutamiento laboral, sumidos en el analfabetismo, la marginación sociocultural y el aislamiento residencial. En las zonas rurales en general, se asistió a una cristalización y consolidación de las condiciones coloniales heredadas del pasado. Dado que esas condiciones implicaban el arraigo más o menos coercitivo del campesino a la tierra, su movilidad geográfica potencial fue casi nula. Estas condiciones tampoco alentaron migraciones masivas de población europea. Así, tanto el crecimiento urbano como el proceso de urbanización alcanzaron un ritmo lento.

Contrastando con esta situación, la evolución agraria mexicana fue bastante más dinámica y afectó significativamente su sistema de asentamientos rurales. La primera gran transformación se verificó a mediados del siglo XIX con la transferencia progresiva de las propiedades rurales de la Iglesia a manos privadas. Paralelamente a este proceso, en la segunda mitad del siglo XIX se dictaron en forma sucesiva varias leyes de colonización que permitieron hacia fines del siglo una inusitada concentración de la propiedad territorial en manos de un pequeño grupo de terratenientes. El incentivo principal para este proceso concentrador radicaba en las expectativas de expandir las exportaciones de frutos tropicales y productos pecuarios hacia el mercado norteamericano. Por una parte, la expulsión de campesinos y, por otra, el descenso de la producción de sus medios básicos de subsistencia, especialmente del maíz, contribuyen a explicar la Revolución Agraria, que ha ido transformando de manera gradual pero sostenida las condiciones económicas y sociales de la vida rural mexicana.

Paralelamente a este proceso, se expandieron las exportaciones de la minería industrial, que en ciertos casos posibilitó el surgimiento de núcleos poblados menores o el afianzamiento de otros preexistentes. La movilización campesina y la guerra revolucionaria favorecieron el crecimiento de algunas ciudades importantes. México y Monterrey, en la década posterior al período revolucionario, crecieron con mayor rapidez y aunque con ritmo menor, también Guadalajara y Puebla aceleraron su expansión en el período revolucionario.

En algunas zonas tropicales del Caribe y Las Antillas, la abolición formal de la esclavitud, que iba siendo consagrada en todas las constituciones liberales de la época, se generalizó desde mediados del siglo XIX y otro tanto sucedió en Brasil. Sin embargo, la población, aunque liberada desde un ángulo jurídico, siguió en la práctica sujeta a la inercia de diferentes formas de discriminación étnica y sociocultural, asociadas a la persistencia de métodos semicoercitivos de reclutamiento

y retención laboral, con arraigo a la tierra. Ello explica, por ejemplo, por qué la liberación de los esclavos del nordeste de Brasil no dio lugar a una migración masiva hacia las más prometedoras condiciones de la economía cafetalera paulista. La relativa desintegración física del territorio y la precariedad de las comunicaciones también conspiraron contra ese desplazamiento.

En el caso de Venezuela, tras la abolición de la esclavitud y el fin de la cruenta guerra social de mediados del siglo XIX, la implantación parcial del mecanismo de "mediería" para contratar campesinos generó un relajamiento en los vínculos laborales que dio lugar a la aparición del "sistema de conucos", agricultura "móvil" de subsistencia que implicó un modo de vida prácticamente autosuficiente, fundado en un desplazamiento de los minúsculos predios a medida que se agotaba la fertilidad de las tierras.

El fenómeno descrito permite deducir que la superación de las formas precapitalistas de relación laboral no estriba en una mera desvinculación del orden señorial rural, que en ciertos casos lleva a una regresión hacia formas de completo aislamiento por parte de los campesinos, muchos de los cuales prácticamente se apartan del orden social global¹.

Por otro lado, en los últimos años del siglo pasado e inicios del presente, y merced a la creciente participación de capitales norteamericanos, las economías de las plantaciones se transformaron y expandieron dando lugar a nuevas formas de apropiación y utilización del espacio rural y los recursos agrícolas. El cultivo del café —menos dependiente del capital extranjero— se difundió en zonas tropicales de mediana altura de Colombia, Venezuela, América Central y México. A diferencia de lo acontecido en Río y Sao Paulo —donde la explotación del café asumió un carácter predatorio en tierras que se agotaban rápidamente y que eran reemplazadas por otras en un desplazamiento que iba dejando su huella devastadora—, el cultivo del café en Hispanoamérica se fundó en una diferente dotación de recursos. En la

¹Hasta inicios del siglo XX, la economía venezolana siguió ligada a la explotación y exportación de frutos tropicales. El auge del petróleo verificado más tarde, permite ilustrar el caso extremo de un enclave minero con mínimos efectos directos en materia de diversificación productiva, difusión regional y creación de empleos. Sin embargo, el gasto público financiado con los cuantiosos ingresos fiscales provenientes del petróleo ha permitido una integración física del país cada vez mayor y una veloz expansión urbana. En los últimos tiempos el crecimiento industrial ha sido rápido.

expansión paulista la oferta de tierras fue ilimitada y la fuerza de trabajo escasa, motivo por el cual se trataba de arrancar velozmente los mayores frutos de la tierra para solventar los costos de la mano de obra europea. En Hispanoamérica la oferta de tierras fue más limitada y la disponibilidad de mano de obra más abundante y cercana. En la expansión cafetalera de Centroamérica esa abundante mano de obra se movilizó, en ciertos casos, por métodos coercitivos fundados en leyes contra la vagancia y otras normas afines.

A fines del siglo pasado, se intensificó también la producción de azúcar y algodón en la costa norte de Perú, donde se concentró la propiedad territorial, y se reincorporaron parcialmente los campesinos afectados por el despojo territorial como proveedores de la fuerza de trabajo. También en Cuba y Puerto Rico, mediante la utilización de capitales norteamericanos se logró intensificar a fines del siglo pasado y comienzos del presente la explotación del azúcar. En ambos países el monocultivo masivo del azúcar cambió significativamente el paisaje rural, afectando decisivamente las formas productivas y relaciones sociales en la agricultura.

En Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá², se difundió el cultivo del banano, bajo el fuerte impulso de las compañías norteamericanas.

Entre los países de habla inglesa del Caribe, Jamaica también desarrolló la economía azucarera fundada sobre bases esclavistas. Después de la abolición de la esclavitud, se verificó una significativa inmigración de hindúes y chinos. Desde principios del siglo XX también operaron aquí las empresas norteamericanas dedicadas a la explotación del plátano. A partir de los años cuarenta se ha intensificado la explotación de la bauxita, que forma una capa superficial en el terreno de los yacimientos. Las zonas agotadas se cubren de tierra y sembradas con pasto permiten la explotación ganadera. De manera general, en el Caribe de habla inglesa la economía azucarera, en plantaciones donde laboraban esclavos, ha dado su fisonomía básica inicial a las formas de poblamiento en las zonas rurales. Otros productos de importancia han sido el banano, el cacao y, en menor medida, el café. Además de

²La construcción del Canal ha creado en ese país una economía *sui generis* que alguna vez se calificó de "terciario-exportadora". La zona del canal es un polo dinámico, generador de empleos con altos niveles relativos de ingreso. Las arcas fiscales dependen significativamente de las rentas que de allí provienen.

Jamaica, estos procesos y tendencias también se han verificado en Barbados, Guyana, Trinidad, Antigua, etc.

No cabe aquí extenderse sobre las innumerables experiencias en materia de exportaciones que fueron transformando la fisonomía rural latinoamericana. Una enumeración con pretensiones de exhaustividad no podría ignorar otras experiencias como la del "henequén" yucateco en México, la del caucho amazónico en Brasil, la expansión de las exportaciones del Uruguay, los especiales rasgos de la economía haitiana, etc.

Lo importante es explorar la posibilidad de emitir algunas generalizaciones atinentes a las causas básicas y comunes que en esta abigarrada gama de situaciones históricas diferentes fueron determinando la apropiación y uso de los espacios rurales, e hicieron posible el surgimiento y expansión de nuevos asentamientos humanos.

Al respecto, resulta claro que la demanda de productos primarios proveniente de los centros capitalistas desarrollados del mundo fue la principal orientadora de las corrientes de capital y progreso técnico, las que de manera progresiva fueron transformando los asentamientos humanos en América Latina. El siglo XIX presenció la inserción periférica de América Latina en el orden económico mundial junto con las modalidades de su expansión productiva orientadas de manera exógena, en un modelo que ha dado en denominarse de "crecimiento hacia afuera". La expansión de los complejos exportadores fue, así, la principal fuerza dinamizadora en la transformación de las sociedades periféricas.

En las regiones del sudeste de Brasil, la pampa argentina y la Patagonia, y el centro-norte de Chile, la estructuración territorial y el crecimiento urbano (Sao Paulo, Buenos Aires, Rosario, Valparaíso, Iquique, Antofagasta, etc.) no podrían entenderse sin hacer referencia al café, la carne, la lana, los cereales y el salitre. En general, estas experiencias de exportación posibilitaron el poblamiento de vastos territorios que estaban total o parcialmente deshabitados.

Las modalidades técnicas de explotación de esas riquezas y, la consiguiente apropiación y utilización productiva de esos espacios, respondieron a la transferencia de formas productivas desde los centros, y a la lógica del capital internacional del mismo origen. La naturaleza de los productos, las condiciones técnicas de su explotación y las relaciones sociales que se estructuraron en torno a ellas, posibilitaron el poblamiento de zonas deshabitadas, la incorporación de importantes

contingentes de población y crearon las condiciones para una temprana diversificación productiva que analizaremos en el punto siguiente.

En Chile, Argentina y Uruguay (asimilable este último en “versión reducida”, al caso de Argentina) hubo una gran expansión urbana y se alcanzó un alto grado de urbanización. En Brasil estos efectos se concentraron en el sudeste de su vasto territorio. En todos los casos la expansión urbana requirió de una población desarraigada de sus anteriores funciones productivas y posiciones sociales, así como de una integración física de grandes superficies, mediante redes ferroviarias y fluviales (cuando se dieron condiciones geográficas favorables). Los migrantes europeos fueron los principales protagonistas de estas experiencias, junto con importantes contingentes de población rural chilena desarraigada de sus labores campesinas para reclutarse en los ejércitos que luchaban por expandir el territorio en la pugna contra los araucanos.

Este desarraigo de población rural también se manifestó en la experiencia mexicana, posibilitando importantes desplazamientos de población, así como también el desarrollo de algunas ciudades principales.

Por oposición a los casos precedentes, la expansión de las exportaciones desde las tierras andinas y las costas tropicales de Sudamérica, Centroamérica, Las Antillas, etc., encontró territorios rurales de poblamiento antiguo y centros urbanos de pretérita fundación. La población campesina era con frecuencia numerosa y densa, y estaba sometida a regímenes señoriales de trabajo, que facilitaban una oferta prácticamente ilimitada de fuerza de trabajo de bajo costo que se replegaba a los minifundios de subsistencia cuando las fluctuaciones del mercado mundial hacían vacilar la actividad exportadora. En estas experiencias, los enclaves mineros, como el típico del estaño en Bolivia, no modificaron la estructura social preexistente. Las plantaciones “modernas” fueron transformando de manera muy gradual y lenta las arcaicas relaciones sociales merced a la introducción parcial de formas capitalistas que entraban en “simbiosis” con las antiguas formas de raíz colonial para aprovechar, en la medida de lo posible, el bajo costo de la fuerza de trabajo campesina. Este hecho formaba parte de las que se podrían denominar de manera eufemística, “ventajas comparativas”, derivadas de la gran abundancia poblacional relativa y del sojuzgamiento social. Así, la fuerza de trabajo que migraba desde Europa eludió estas regiones y la expansión urbana se retardó tanto por el arraigo a la tierra de los campesinos como por la renuencia de los migrantes de ultramar.

Tampoco la explotación o la utilización productiva interna de los productos exportables dinamizó la diversificación productiva como para justificar una gran expansión de las actividades no agrícolas favorables al proceso de urbanización.

Antes de abordar el análisis de los procesos históricos más recientes, se hace necesario intentar alguna explicación de la alta primacía que caracterizó los sistemas urbanos de los países latinoamericanos. En ciertos casos, la existencia de una ciudad de gran importancia demográfica, económica y social en relación con las que le seguían, podría justificarse atendiendo al escaso tamaño demográfico y territorial de muchos países latinoamericanos. Sin embargo, este fenómeno se verificó también en países grandes y medianos, donde no bastaría una explicación tan sencilla. En general, sus causas parecen estar vinculadas al gran centralismo político y económico que imperó en Latinoamérica durante la fase colonial.

Las ciudades principales fueron la sede del poder político central que estableció canales de control e información con las restantes regiones bajo su jurisdicción. Hacia allí afluían los tributos de los diferentes territorios que financiaban los ingresos de gobernantes, burócratas y militares que también se concentraban prioritariamente en dichas ciudades. En ellas se concentraba el comercio de exportación y, sobre todo, el de importación, no sólo para satisfacer la demanda de bienes suntuarios de la clase gobernante, sino también la de los grandes hacendados que residían parcialmente en la ciudad para satisfacer sus gustos refinados y apreciar las nuevas corrientes artísticas y culturales que provenían de Europa.

En suma, la ciudad principal concentraba la demanda nacional de bienes importados, posibilitando la actividad comercial y financiera. Estos rasgos se verificaron de manera especialmente marcada en la América española, a la cual pertenecen la mayoría de los países latinoamericanos. Esta alta primacía urbana contribuye a explicar las modalidades espaciales concentradas del proceso de industrialización en América Latina, a que se alude en la próxima sección.

TENDENCIAS Y PROBLEMAS MAS RECIENTES

El proceso de industrialización en América Latina, a diferencia de los de Europa occidental y Estados Unidos, no implicó una penetración

más o menos integral, masiva y homogénea de los procesos técnicos y relaciones sociales que son propios de aquellas sociedades industriales. Las así denominadas “formas sustitutivas” de la industrialización latinoamericana contribuyen a explicar tanto lo atípico de su secuencia temporal como su concentrada localización espacial.

En relación con el primer punto, cabe señalar que el proceso de industrialización satisfizo con producción interna aquella demanda de bienes manufacturados que se vio interrumpida a consecuencia de las graves perturbaciones ocurridas en el relacionamiento económico mundial durante la primera mitad del siglo XX. En particular, la Primera Guerra Mundial, la gran crisis de los años treinta y la Segunda Guerra Mundial, fueron acontecimientos internacionales que hicieron posible o facilitaron la diversificación productiva en los países grandes y medianos de América Latina. La sustitución de manufacturas importadas con otras producidas en los países latinoamericanos para satisfacer una demanda interna preexistente se inició en aquellos rubros en donde existía viabilidad técnica y escalas relativamente accesibles al capital, frecuentemente nacional, para encarar estos procesos. Así, los alimentos, las bebidas, el tabaco, los textiles, el vestuario, el calzado, los productos de la madera, algunas ramas de productos metálicos y químicos de gran sencillez tecnológica, fueron los primeros rubros en donde la industria latinoamericana empezó a reemplazar con producción interna a los productos importados más refinados y elaborados, que iban destinados a las élites con mayor poder de compra. La secuencia sustitutiva de las importaciones se trasladó posteriormente a los insumos industriales intermedios, maquinarias y equipos, pero no cabría profundizar aquí en este complejo escalonamiento. Baste agregar que la industrialización sustitutiva de las importaciones, que empezó como la consecuencia “espontánea” (librada a la lógica de los intereses privados) de un proteccionismo no deliberado, se convirtió gradualmente en una estrategia industrialista expresada en la política económica de muchos gobiernos latinoamericanos.

Estos comentarios permiten abordar el segundo punto, que se refiere a la localización concentrada de la industria manufacturera en América Latina. En efecto, según los criterios locacionales de los empresarios privados las industrias fueron instaladas en las ciudades principales, pues allí se encontraban los mercados para los bienes de consumo que ellos pretendían elaborar, así como también conexiones físicas adecuadas con los restantes mercados urbanos de bienes de consumo. Allí también había infraestructura energética para dinami-

zar las industrias y abundante oferta de fuerza de trabajo fácilmente calificable para las tareas productivas. Dado que una parte importante de las empresas industriales era de escala pequeña o mediana, sus propietarios las atendían personalmente y deseaban mantener unidas las secciones de administración y ventas con las más propiamente productivas. Este hecho reforzaba su preferencia por las metrópolis, donde estaba situado el poder gubernamental central y la burocracia administrativa con la cual dichos empresarios debían negociar medidas proteccionistas, tales como el alza de aranceles, las preferencias cambiarias, las exenciones impositivas, los créditos subsidiados, etc. El hecho que la sustitución de los bienes manufacturados exigía incrementar la importación de insumos industriales y equipos productivos también hacía preferible la localización en estas grandes ciudades, siempre bien comunicadas con los puertos de ultramar.

Argentina, Brasil y México ya habían penetrado significativamente en este proceso a fines de la Primera Guerra Mundial, afianzándolo notablemente a partir de la crisis de los años treinta, época en que se acentuó la industrialización de otros países medianos, como Chile y Colombia. A fines de la segunda posguerra, todos los países convencionalmente considerados “grandes” y “medianos” de América Latina, e incluso algunos de los “pequeños”, habían avanzado en esta dirección.

Aquí se postulará que esta concentrada localización industrial ha ido generando en el último cuarto de siglo un proceso de centralización nacional del desarrollo, definido por una específica división social del trabajo y una especialización productiva entre los diferentes territorios subnacionales de los países que más han penetrado en este proceso.

De un lado, los estados o provincias en que se asienta la principal ciudad de cada país —Buenos Aires, Santiago, Sao Paulo, Distrito Federal de México, Lima, etc.— experimentan un crecimiento económico con una acentuada diversificación productiva orientada a satisfacer la demanda metropolitana y nacional de bienes y servicios de uso final. Este crecimiento por diversificación productiva se genera en los rubros más dinámicos, donde la elasticidad-ingreso de su demanda es claramente superior al promedio. Así ocurre con los aparatos de uso doméstico operados con energía eléctrica, como refrigeradores, lavadoras, radios, tocadiscos, etc.; los vehículos motorizados, y múltiples maquinarias y equipos eléctricos y no eléctricos, que se orientaron a los *usuarios finales* (consumidores o inversionistas). La gran magnitud y poder adquisitivo unitario de estos mercados metropolitanos justifica la expansión diversificada de múltiples servicios técnicos, asistenciales,

educativos y recreativos, que en ciertos casos pueden prestarse en unidades de gran escala aprovechando las economías de aglomeración.

De otro lado, los estados o provincias sede de ciudades intermedias o menores, con porcentajes generalmente más altos de población rural, experimentan un crecimiento económico con una especialización en aquellos rubros donde pueden contar con ventajas comparativas naturales (recursos específicos) o “adquiridas” históricamente (población de bajísima calificación y escaso poder negociador que permite un abaratamiento de los costos salariales). No se niega que pueden desarrollarse aquí actividades industriales, pero serán aquéllas destinadas al procesamiento de los recursos naturales de la zona que se orientan al mercado nacional o mundial: aserraderos en áreas boscosas, ingenios azucareros, usinas hidroeléctricas, refinerías de petróleo, e incluso varios tipos de industrias metálicas básicas. Estas regiones experimentarán un crecimiento económico mucho menos diversificado, y al operar con tecnologías modernas, generarán frecuentemente enclaves productivos, que en las zonas rurales densamente pobladas probablemente destruyan más empleos de los que generan.

Esta penetración del capitalismo en la agricultura contribuye a “disolver” las formas productivas y las relaciones sociales más tradicionales, destruyendo empleos de baja productividad y acelerando el proceso de migración rural-urbana. Este proceso también se ha estimulado por la difusión de los medios de comunicación, las campañas de alfabetización, etc. En ciertos casos, las reformas agrarias o los programas de desarrollo regional han contribuido a acelerar el proceso migratorio rural-urbano. Baste recordar al respecto, la Revolución Boliviana de 1952, la reforma agraria en Perú, o la promoción del Sudene para el desarrollo del nordeste de Brasil. Estas migraciones rural-urbanas que, en un primer movimiento, se orientaron a las ciudades intermedias o menores de los territorios periféricos, con frecuencia excedieron con mucho las oportunidades de ocupación que se ofrecían en la zona, y terminaron alimentando las caudalosas corrientes que se dirigían hacia los centros nacionales de desarrollo.

Una hipótesis plausible sobre las principales transformaciones que en las zonas rurales se derivarán de estos procesos deberá partir analizando ciertas tendencias básicas. En primer lugar, la expansión de la frontera agrícola tiende a hacerse cada vez más difícil. Con algunas excepciones, la incorporación de nuevas tierras inexploradas enfrenta dificultades ecológicas y costos económicos muy altos, la cual tiende a favorecer la introducción de tecnologías más complejas para incremen-

tar el rendimiento por unidad de las superficies que ya están en explotación, a medida que los precios agrícolas hacen rentable este progreso técnico. Además de los efectos de la expansión del capitalismo en la agricultura, es probable que muchas de las reformas estructurales promovidas por el Estado produzcan efectos en el mismo sentido, esto es, la disolución de las economías de subsistencia vinculadas al minifundio, las comunidades indígenas y otras formas afines de explotación con arraigo a la tierra (cada vez menos apropiadas para una introducción generalizada de progreso técnico). La proletarización creciente de esa fuerza de trabajo favorecerá su modalidad geográfica potencial, estimulando las migraciones rural-urbanas y la formación de una población rural flotante, capaz de responder a las demandas cíclicas de fuerza de trabajo agrícola. Este proceso transformador que, presumiblemente, se avecina en la agricultura latinoamericana, contribuirá a superar la extrema dispersión que hoy se observa en los asentamientos rurales y disminuirá en importante medida el porcentaje de población rural.

Miradas en su conjunto, las tendencias generales que hemos analizado en esta sección configuran una estructuración espacial del proceso económico que podríamos denominar centralización nacional del desarrollo. De un lado están los centros —regiones metropolitanas con un crecimiento por diversificación— y del otro, las periferias —con un crecimiento mucho más especializado.

En esta estructuración desempeña un papel fundamental la concentración de la industria orientada a los usuarios finales en la ciudad principal, que históricamente coexistió con las zonas rurales donde aún predominaban relaciones de propiedad, trabajo o intercambio claramente señoriales, al menos en algunos países con abundante población indoamericana u otros con resabios de economías esclavistas. Así, los capitales y el progreso técnico asociados a la expansión industrial, experimentaron la triple concentración que aún caracteriza esta dinámica estructural: *sectorialmente*, en los rubros que la secuencia sustitutiva iba dictando; *regionalmente*, en los estados y provincias donde se asentaban las metrópolis principales, y *socialmente*, al dejar al margen del proceso a la población rural de vastas regiones y territorios. Se fue acentuando, así, la heterogeneidad estructural de las sociedades latinoamericanas al sobrevivir grupos sociales marginados completa o parcialmente de los frutos y beneficios del desarrollo.

El Urbanismo y el Joven

En la ciudad de Fuengirola (Málaga, España), entre el 24 de junio y el 1º de julio de 1979, se desarrolló un Seminario sobre "El Urbanismo y el Joven". Fue organizado por la Oficina de Educación Iberoamericana y la Dirección General de la Juventud del Ministerio de Cultura de España.

Objetivos: dar respuesta a la creciente preocupación de la juventud por la incidencia del fenómeno urbanístico sobre nuestra sociedad y tratar de conseguir una aproximación responsable y activa de los medios juveniles a esa problemática, así como la adopción de una postura de recepción de dicha fenomenología como elemento formal sujeto a cambio y remodelación.

Además de una serie de conferencias dictadas por calificados especialistas, los grupos de trabajo se dividieron de acuerdo a los siguientes temas: La ciudad, suelo urbano; La ciudad, desarrollo futuro y alternativas de crecimiento; Medio Ambiente y energía; Asentamientos turísticos; Participación pública; Medio ambiente natural, oposición campo-ciudad.

Las conclusiones son coincidentes en general con las resultantes en otras reuniones internacionales celebradas en Europa y América.

Impacto del crecimiento urbano mundial

De aquí al año 2000, el mayor impacto del crecimiento de la población se reflejará en el incremento de la urbanización, creado no solamente por el aumento natural en la población urbana, sino por la contribución de grandes migraciones de población a estas zonas en busca de empleo. Las tasas de incremento que se proyectan para las ciudades indican que algunas alcanzarán proporciones totalmente desconocidas por los planificadores urbanos.

Las más recientes estimaciones de las Naciones Unidas sugieren

que la población urbana se ha doblado desde 1950 y puede muy bien hacerlo de nuevo antes de fines de siglo. Unas dos terceras partes de la población de los países desarrollados viven hoy en zonas urbanas, y es probable que esta proporción aumente a tres cuartas partes para el año 2000. Aunque sólo un tercio de la población vive hoy en zonas urbanas de los países en desarrollo, esta proporción aumentará a casi la mitad para el año 2000.

En 1950 sólo había seis ciudades con poblaciones de 5 y más millones, con una población total de 42 millones. En 1979 esta cifra ya ha aumentado a 26 ciudades, con una población total de 252 millones. Se proyecta que para el año 2000 esta cifra aumentará a 59, con un agregado estimado en casi 650 millones.

Tokio-Yokohama, con casi 20 millones en 1980, puede llegar a tener 26 para el año 2000.

Se proyecta que el Gran Cairo aumente de 8 millones en 1980 a 16 millones en el año 2000.

La zona metropolitana de la ciudad de México, con 14 millones en 1979, puede llegar a 32 millones para el año 2000.

Tal expansión sin precedentes de las ciudades tendrá consecuencias de largo alcance. Ya es evidente con sólo mirar a nuestro alrededor. Casi todos vivimos en grandes aglomeraciones urbanas en crecimiento. En estas zonas no sólo hay una explosión de la población, sino que al mismo tiempo experimentan una implosión.

(Resumen de una declaración de Rafael M. Salas, Director Ejecutivo del FNUAP, ante el National Press Club, Washington, D.C., 15 de enero de 1980).